

**LA HISTORIOGRAFIA DE LA REVOLUCION FRANCESA EN
VISPERAS DEL BICENTENARIO**

Michel Vovelle

(Conferencia brindada por Michel Vovelle en el Instituto de Investigaciones Históricas "Emilio Ravignani" de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires durante el segundo cuatrimestre de 1988, traducida por las profesoras Ana Barletta y Andrea Del Bono)

Quisiera comenzar recordando una humorada, aunque es una humorada amarga. Se refiere a mi primer encuentro con Albert Soboul ocurrido si mal no recuerdo en 1958. Entonces yo era un joven profesor de historia que me iniciaba en la carrera de investigación con la idea de trabajar sobre la Revolución. Albert Soboul, a quien yo había consultado me contestó bruscamente "¿por qué quieres trabajar sobre la Revolución Francesa? eso ya no le interesa a nadie". Comentario paradójico de quien en esos momentos defendía su tesis sobre el tema y se encontraba en la cumbre de su productividad. Por otra parte, y como veremos inmediatamente, no estaba solo ni aislado en su tarea.

*Sin embargo, me veo forzado a recordar esta frase pesimista cuando considero, desde una óptica totalmente diferente, en qué medida esta idea se ha ido abriendo camino. Esto que expresa irónicamente Albert Soboul lo retomará Francois Furet más adelante al definir a la Revolución como un 'objet froid' y anunciar luego en 1978 (Penser la Révolution) que "la Revolución ha terminado", frase que él mismo comenta en 1986 (*Le Nouvel Observateur*, 28 de febrero): "Cuando escribí la Revolución ha terminado fue una manera de expresar un deseo y una constatación".*

*No es que querramos adjudicarle a Francois Furet pensamientos homicidas pero, cuando él se ubica de esta manera a nivel del deseo, no sólo considera que una cierta historiografía de la Revolución Francesa ha muerto sino también que para que otra pueda renacer -más serena o sin duda más científica- es conveniente que el objeto del debate sea asumido con la expresión de la " *beauté du mort*".*

De esta manera Furet no hace más que reproducir con sutileza una de las nuevas ideas recibidas que frecuentemente es formulada en términos más banales ¿Acaso no ha sido todo dicho o, más bien, escrito sobre la Revolución Francesa? ¿Qué retoques pueden realizarse a una red de acontecimientos sin misterio? Y con más perfidia todavía, acaso la historiografía francesa de la Revolución no se encuentra esclerosada al volverse repetitiva y encerrada en su dogmatismo, con el consiguiente riesgo de dejar de lado la frescura de nuevos descubrimientos como, por ejemplo, los de los historiadores anglosajones cuya falta de prejuicios para abordar esta problemática es necesario destacar.

Entre las constataciones y los deseos, no obstante, algunas realidades se imponen en la apreciación de este paisaje colectivo en el viraje de los años 80. La historia de la Revolución ha retrocedido en los programas de enseñanza primaria y más aún secundaria. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial era enseñada en la casi totalidad de las universidades francesas y hoy esto sólo ocurre en algunas de ellas como Rouen, Tours, Dijon o Aix, sin tener en cuenta a la Sorbonne-París I fortaleza sitiada?. Miseria de una pedagogía que no ha sido estimulada, como lo testimonian las dificultades de supervivencia de las grandes colecciones documentales (los Archivos Parlamentarios).

Antes de extraer conclusiones prematuras quizás nos convenga interrogarnos y, sin necesidad de remontarnos hasta el diluvio, realizar un "flash back" indispensable para apreciar la verdadera situación.

EN TERMINOS DE "FLASH-BACK, GLORIA Y MISERIA DE LA HISTORIOGRAFIA REVOLUCIONARIA.

Se puede hablar de una edad de oro de la historiografía de la Revolución si nos ubicamos en lo que Pierre Chaunu llamarla el "horizonte de 1900" y que, por mi parte, me gustaría calificar como "la época jauresiana". Se trata del momento en que Jaures realizó la amplia saga de la Historia socialista de la Revolución inspirado, como él mismo decía, en la triple luz de Michelet, Marx y Plutarco con

la cual introdujo aunque más no fuese a título de anticipación la práctica de un enfoque decididamente científico. Además, hizo crear bajo la tutela de las Cámaras parlamentarias la célebre. "Comisión de investigación y de duplicación de textos y documentos relativos a la historia económica y social de la Revolución francesa". Sobre una perspectiva en la que se reúnen especialistas de todos los países - Minzes, Loutchisky, Kareiew, pioneros de la historia agraria de la Revolución- se suceden las grandes figuras de la escuela francesa; Alphonse Aulard primer ocupante en 1886 de la cátedra de Historia de la Revolución en la Sorbona sostiene con Albert Mathiez un debate de ideas por héroes contrapuestos -Dantón contra Robespierre- lectura "radical" contra lectura "socialista".

Pero este polémico aspecto no encubre la gran fecundidad de una indagación que desde Mathiez, Lefebvre y Soboul, hasta ayer mismo, ha sentado las bases de una escuela diversa en su continuidad, portadora de un discurso progresivamente elaborado sobre la Revolución.

UNA HISTORIOGRAFIA CONQUISTADORA Y SEGURA DE SI MISMA.

¿Está segura de sí misma la escuela "jacobina"? Se ha dicho esto y quizás con demasiada insistencia. Conquistadora lo es, sin duda alguna: partiendo de la historia política a la que estos maestros supieron no atenerse -comenzando por Mathiez (Mouvement social et vie chere sous la Terreur) siguiendo con Lefebvre (el Georges Lefebvre Paysans du Nord sous la Révolution Française o de la Grande Peur), y culminando en Sans culottes oarisiens en ran II de Albert Soboul elaboraron una lectura social de la Revolución francesa. Introdujeron progresivamente en escena a las masas rurales, después a las urbanas, y propusieron el esquema explicativo de una "Revolución burguesa con sostén popular" que constituiría la originalidad de la vía revolucionaria francesa en un modelo donde se unifican las Revoluciones" -burguesa, urbana y campesina- cuya diversidad subrayaría Georges Lefebvre.

¿Es marxista este modelo jacobino? Sí y no. Adopta, sin duda, el presupuesto de una mutación necesaria fundada mucho más en el cambio de las estructuras sociales y de las formas de producción a fines del siglo XVIII, que en la evolución de las ideas. Pero lo hace de una forma lo suficientemente amplia y convincente como para mantener la adhesión de historiadores que de Marcel Reinhard a Jacques Godechot, por citar solo a algunos, siguen siendo más jacobinos que

marxistas. Podemos hablar de un verdadero florecimiento durante los años 1950 a 1960, cuando los últimos arlos de Georges Lefebvre se iluminan con la concentración en París de toda una pléyade de investigadores: A. Soboul, J.F. Suratteau, pero también de los extranjeros, G. Rudd, A. Saitta, R. Cobb, K. Tonesson, W. Marko w, K. Takahashi. La Revolución Francesa no había con vocado nunca la atención de tanta gente y es, no obstante, en ese momento que A. Soboul me expresa los designios desalentadores con los cuales inicié esta reflexión.

Soboul tenía razón: en esta época, la crisis ya estaba abierta.

OTRO CLIMA HISTORIOGRAFICO

A fines de los años 50 presenciamos el momento del triunfo de Annales E.S.C., estos "segundos Annales", dirigidos por Fernand Braudel quien escribe su célebre artículo sobre la "larga duración" (1958). Para él, como para toda corriente que representa, la Revolución es del orden de los epifenómenos: pequeña ola de la historia situada en los "desplazamientos de larga duración", en las "masas de historia lenta" que en su opinión constituyen lo esencial. Resultado, en suma, de lo que clasifica con un desprecio no disimulado en la categoría del "patetismo inoportuno".

La larga duración triunfa inmediatamente en el terreno de la historia social y en el de la historia de la civilización material, también en el estudio de las mentalidades ("Un tiempo más largo" según R. Mandrou) y luego en el de una antropología histórica que tenderá a petrificarse en la "historia inmovil" de E. Le Roy Ladurie.

Para la mayoría de los investigadores fue grande la tentación de emplear larga duración ¿Quién de nosotros no ha cedido a ella por poco que sea, y sin pesar? Yo mismo en La Mort et l'Occident de 1300 a nos jours, panorama plurisecular, me he aventurado en una perspectiva en la que la larga durackin se impone. Pero en el campo preciso de los estudios revolucionarios, esta coyuntura desfavorable se refuerza en los años 60 con un ataque frontal contra las posiciones recibidas.

EL GRAN ATAQUE

Esta ofensiva partió desde varios puntos, en las escuelas anglosajonas encontró sus primeros campeones (en A. Cobban en Mvthe ale la Révolution y en Outre Atlantiaue, en G. Taylor Nor capitalistic wealth at the origins of the French Revolution). Esta corriente fue rápidamente retomada en Francia donde en 1965 el Oro de Francois Furet y Denis Richet, La Révolution Francaise, encendió la mecha. Si resumimos en algunas proposiciones una serie de argumentos que desde ese momento entraron en el campo de la historia de la historiografía, veremos que el ataque tiene por objeto varios temas a fin de cuentas muy ligados.

Acerca de las causas y las interpretaciones sociales de la revolución, Cobban negaba toda causalidad social a un enfrentamiento que para él era de orden esencialmente político, otros impugnaban la realidad de la reacción nobiliaria en los comienzos de la Revolución y, más aún, la existencia o la solidez de una burguesía verdadera en la Francia de fines del siglo XVIII remarcando que una parte importante del capital industrial y de las empresas orientadas hacia el futuro estaban en manos de los nobles... (Taylor). Entre una nobleza "progresista" liberal y abierta a las nuevas ideas y la capa superior de la burguesía ¿no existía acaso un consenso de hecho en el marco de las élites, tan caras a Denis Richet y a algunos otros? y en estas condiciones la Revolución habría sido necesaria o podría haber sido evitada o estabilizada en una fase de compromiso reformista, de una monarquía constitucional?

Extraño cambio si reflexionamos un poco...: menos de 20 años antes en 1948 Daniel Guérin, quién escribía a la luz de la teorías de la Revolución permanente, en Bourgeois et Bras nus, la lutte des classes sous la Revolution Francaise, visto en la dinámica revolucionaria un movimiento demasiado tempranamente frenado por la política, no sin maquiavelismo, de la burguesía montafiesa en tanto este movimiento era portador de su propia superación en términos de revolución proletaria. Hipótesis aventurada que el análisis concreto del contenido social de la "sans-culotterie" parisina realizado por Soboul invalidaría.

En el pensamiento de los historiadores que desde entonces serán llamados "revisionistas", ya que se proponen revisar totalmente las certezas recibidas, se trata de algo muy diferente a un movimiento de este tipo.

El compromiso era posible, se lo rozó en 1790, "el año feliz". El "dérápaje" de la Revolución francesa, que ocurre entre 1790 y 1794, se debió a la intromisión inconveniente de las masas populares urbanas o campesinas movilizadas sobre la base de sus propias reivindicaciones tradicionales en materia agraria o de subsistencia, sobre un programa nostálgico.

Esta noción del "dérapage" conlleva, por un lado, la revisión de la idea de un movimiento ascendente de la Revolución burguesa a la Revolución democrática del año II, en la que Francois Furet (en su Catéchisme de la Revolution Francaise) ve resabios finalistas. Por otro lado cuestiona la TEORIA DE LAS CIRCUNSTANCIAS hasta el momento aceptada según la cual, la radicalización basada en una alianza momentánea pero a la vez eficaz de una parte de la burguesía y del movimiento popular, habría tenido lugar para hacer frente a la contrarrevolución interior y a la coalición de las potencias monárquicas. ¿Acaso la Revolución se habrá inventado estos peligros, creando tigres de papel para entregarse a un delirio en el que ella misma se intoxicaba? Un segundo discurso del revisionismo se está gestando en ese conjunto de críticas.

¿UNA NUEVA FASE? ...¿UNA NUEVA RECONSIDERACION?

Mi generación -la de los historiadores que han alcanzado el medio siglo poco después de 1980- acusa gravemente el impacto de este ataque en sus propios miembros, ataque combinado, según el aire de los tiempos con el triunfo de los Nuevos Annales. Es entonces cuando tomamos consciencia del retroceso del lugar de la Revolución francesa, no sólo en la investigación o en la pedagogía, sino también en una sensibilidad y en una cultura que se le tornaban extrañas.

¿Podría decirse que una nueva rase comienza con 1968, o la Revolución soñada? El argumento sería sin duda demasiado fácil. Y sin embargo en los años que siguieron a este movimiento, que se creía más una fiesta que una revolución, es cuando vimos multiplicarse los estudios sobre la fiesta revolucionaria: coloquio de Clermont-Ferrand en 1974, las obras de Mona Ozouf y de Michel Vovelle en 1976. Como fiesta, pero no únicamente con este perfil, el acontecimiento revolucionario vuelve a salir a la superficie. La querrela entre jacobinos y revisionistas que parecía empantanarse en una especie de guerra de trincheras a veces sin elegancia, se revitalizó nuevamente para el bien de la investigación.

EN EL BANDO "JACOBINO"

Dentro de lo que para simplificar llamaremos el bando jacobino, las provocaciones recibidas (en el buen sentido de la palabra) condujeron a útiles

reflexiones, como por ejemplo, sobre el concepto de burguesía que de ...Guizot a Lefebvre no se había precisado suficientemente y que se empleaba en acepciones amplias o restringidas a veces contradictorias. Trabajos como los de Regine Robin (La France en 1789 - Semur- en- Auxois) contribuyeron mucho a esclarecer el problema mostrando las características de una burguesía mixta o de transición, propia de esta fase, donde el mundo de la renta prevalecía todavía por sobre el del beneficio. Es también en esta autora que podemos encontrar -por ejemplo, en la reflexión sobre el concepto de "libertad" en el discurso de los Parlamentarios en momentos de los edictos de Turgot sobre la libertad de granos en 1776- un análisis sin indulgencias de las ambigüedades y de las contradicciones del concepto de élites en vísperas de la Revolución.

Al mismo tiempo que Albert Soboul y sus alumnos profundizaban sus investigaciones en el campo de la historia agraria (estudios sobre la renta señorial y el fin del feudalismo) como también de la urbana (trabajos sobre el movimiento popular parisino), otros investigadores que compartían los mismos principios (Michel Vovelle) proponían una nueva lectura de la historia religiosa o cultural de la Revolución y se esforzaban por sentar las bases de una historia de las mentalidades revolucionarias incorporando nuevos terrenos a la investigación.

EN LAS FILAS DE LOS REVISIONISTAS

Mientras tanto, las cosas también cambiaron en las filas de la escuela revisionista, cuyo éxito es indiscutible no sólo en Francia sino en el mundo anglosajón y en una gran parte de Europa a tal punto que podemos preguntarnos si una nueva vulgata no está en camino de reemplazar a la vieja.

Sin embargo, está en renovación. Penser la Révolution Française publicado en 1978, prolonga las proposiciones de 1965 modificándolas singularmente. Desde luego, vuelve sobre la condena de la TEORÍA DE LAS CIRCUNSTANCIAS pero ahora para decir, citando a Quinet: "No es la necesidad de las cosas la que ha creado el sistema del terror. Son las falsas ideas", o incluso hablando en su propio nombre "la verdad es que el terror forma parte de la ideología revolucionaria". Para analizar las causas endógenas de la desviación revolucionaria F. Furet se apoya en los historiadores del siglo XIX: como Toqueville y Quinet, por todos conocidos, y redescubre a otros como Augustin Cochin, historiador conservador monarquista de principios de siglo, de quien toma la idea de que la nueva sociabilidad democrática y rousseauiana de las logias

masónicas y de las sociedades de pensamiento, abre la vía al asalto y a la confiscación totalitaria de la Revolución por la "máquina" jacobina fundando ese concepto de soberanía popular que constituye la "matriz del totalitarismo" (Penser la R.F. p. 232). Estimando, entonces, que 1789 abre un periodo de desviación de la historia.

La Revolución francesa retoma en esta nueva lectura una cierta cohesión (estamos lejos del "dérapiage") ya que adquiere el status de acontecimiento fundador. Pero, desgraciadamente esto no es para biers ya que contendría en germen las desviaciones totalitarias del siglo XX. Más allá de Cochon, Furet inscribe aquí su reflexión en continuidad con la de Talmon (Origins of totalitarian, democracy). Rousseau es acusado por haber proporcionado los temas de la voluntad colectiva y de la soberanía nacional que nutrieron a los jacobinos: "C'est la faute a Rousseau", concluye Jacques Julliard quien comparte este punto de vista (1986).

EL DESPERTAR DE LA HISTORIA CONTRARREVOLUCIONARIA

Francois Furet ha dicho que no se identifica con el reciente despertar de una historiografía abiertamente contrarrevolucionaria, provocado desde hace dos o tres años por la cercanía del bicentenario. A decir verdad, ésta no había desaparecido. Conservó sus posiciones sólidas de tradición desde el siglo XIX en la Academia Francesa (tras los pasos de Pierre Gaxotte), como asimismo en los quioscos callejeros. Es una vieja canción un poco gastada que muy recientemente ha conocido un reverdecer de considerable vitalidad. Simple caricatura de las reflexiones de F. Furet, esta imagen de una revolución totalitaria, antecámara del Gulag, tiene gran éxito. La Revolución asimilada al Terror y al baño de sangre pasa a ser el mal absoluto. Toda una literatura se desarrolla sobre el tema del "genocidio Franco-francés" a partir de apreciaciones generalmente audaces sobre el número de muertos de la guerra de Vendée: ¿128.000, 400.000, y porqué no 600.000? Sin ser especialistas en el tema algunos historiadores, como Pierre Chaunu, han puesto todo el peso de su autoridad moral en desarrollar el discurso del anatema descalificando de entrada cualquier tentativa de discusión racional. Esta historia ocupa muchos espacios gracias al apoyo con que cuenta en los medios de comunicación y en una parte de la prensa. ¿Podemos permitir que nos oculte los aspectos más auténticos de la perspectiva de los estudios revolucionarios hoy en pleno despertar?

UNA PERSPECTIVA EN PLENO DESPERTAR

Trazar un balance verdadero de las basquedas actuales de la investigación sobre la Revolución es una tarea facilitada por la misma coyuntura del bicentenario la que, al estimular la demanda, hace aparecer mejor los rasgos de la producción. Los comentarios que realiza periódicamente en la Revue Historique Jacques Godechot o simplemente la circulación de la edición, proveen tests bastante seguros. Por otra parte el boletín publicado desde hace 4 años por la Comisión de Investigación Histórica (C.N.R.S) para el bicentenario de la Revolución, a través de la reseña de programas de investigación y coloquios sobre el tema, ofrece también una cobertura todavía más confiable de las tendencias en la investigación tal como se practican hoy en día en Francia y en el mundo.

No nos ocultemos que algunos de estos fenómenos deben ser interpretados: así, la profusión editorial de los últimos años revela también fenómenos de moda y un entusiasmo alimentado por los medios de comunicación sin reflejar, a veces, el auténtico movimiento de la investigación. Sobre todo, en momentos en que las colecciones eruditas y las publicaciones científicas de textos y de documentos (los Archivos Parlamentarios) tienen dificultades para sobrevivir. Se toca aquí el problema de la distorsión existente entre el discurso producido por los investigadores y el transmitido por los medios. Volveremos sobre esto.

Tomada esta precaución es no obstante lícito intentar trazar un panorama o un balance que ya se ha iniciado.

REDESCUBRIMIENTO DE LO POLITICO

Bajo la influencia de la Escuela de los Annales, la historiografía actual de la Revolución, ha visto detenerse el movimiento de declinación de la historia política que era palpable en todas las ramas de la historia. Una significativa reevaluación de lo político se ha operado aquí. ¿Podemos considerar a esta reevaluación una de las consecuencias de las relecturas revisionistas" aportadas por Francois Furet? Es verdad que éstas definen un acceso muy específico hacia lo político en el marco de una historia conceptualizada, según la expresión del autor, quien sin recurrir demasiado a los aportes de la investigación de campo (que él mismo aprecia poco) se inclina más bien, para enriquecer su modelo explicativo, hacia el

redescubrimiento regresivo de precedentes historiográficos vinculándose a Tocqueville, Quinet, Marx y por supuesto a Augustin Cochin. De todas maneras, esta Escuela no es la única que trabaja en los dominios de lo político revolucionario. Una particular atención debe prestarse a otra corriente que realiza a partir del análisis del discurso, llevado a cabo por lexicólogos que son también historiadores, una aproximación de contenidos -ya se trate del discurso jacobino o del movimiento popular y sus portavoces- (Hébert u otros). Los estudios de Jacques Ghilhaumou o Annie Geoffroy, Pero también de otros, son muy significativos al respecto.

Pro venga de donde provenga, la convergencia en este terreno se realiza sobre un cierto número de cuestiones tests, siendo el jacobinismo (Claude Mazauric "Jacobinisme et Révolution" 1984) una de estas cuestiones centrales en las que cristaliza el debate sobre el sentido mismo de la Revolución.

LA HISTORIA DE LOS HOMBRES: AMBIGUEDADES DE LA BIOGRAFIA

En el centro de este redescubrimiento de lo político el enfoque biográfico ocupa un lugar ambiguo. Como lo dijimos ayer y con razón, es un enfoque en declinación, y si pensamos en los grandes debates de principio de siglo -Danton contra Robespierre, Aulard contra Mathiez- podríamos haber escrito a la manera de Lucien Febvre "una historia que no es más la nuestra". Muy recientemente, se ha operado un retorno en el cameo de las biografías revolucionarias que desde entonces parecía especialmente reservado a los historiadores académicos: Saint Just, Danton, Mirabeau, Madame Roland, Lucile et Camile Desmoulins encuentran nuevos biógrafos, a menudo de calidad, en forma bastante reveladora. Esta característica no es específica de la perspectiva revolucionaria, ya que estos retornos de la biografía (que han sido analizados en un número especial de la revista Espaces-Temps, 1986) constituyen uno de los rasgos generados de una historiografía de hoy con problemas de identificación y de personalización. Se buscan héroes como se buscan raíces. Al menos, junto con las grandes figuras, la historia revolucionaria se prepara también a vaorizar los "estudios de casos" que han contribuido a renovar la concepción misma de la biografía interesándose por los héroes anónimos o semianónimos cuyas aventuras pueden ser tan esclarecedoras como las de los que ocupan roles principales. Pensemos en el maestro vidriero Menetra cuyo diario ha sido estudiado por Daniel Roche ("journal de MO vie" de Mênetra). Y yo mismo "hago hablar" a dos de

estos anónimos de la Revolución: el maestro ebanista d'Aix-en-provence, Joseph Sec, quién se muestra (podríamos decir totalmente?) masónico y jacobino en su tumba cenotafio, así como el poeta Théodore Désorgues, autor del Himno al Ser Supremo del 20 pradial año II, ejemplo límite del artista de la Revolución.

Un rumbo actual de la biografía adquiere en el marco de los estudios revolucionarios una importancia particular. Este consiste en seguir los procesos de heroicización, o de fabricación póstuma de las grandes figuras revolucionarias, en el seno mismo de la aventura colectiva: este trabajo del imaginario ha sido seguido en "la muerte de Marat" de una forma completamente ejemplar por un grupo de investigadores en un estudio interdisciplinario.

HISTORIA SOCIAL, HISTORIA DE 114ASAS

Finalmente, ni el retorno de lo político ni el de la biografía podrían ocultar el peso esencial de esa historia social -mucho más que política de las masas en revolución- que sigue siendo el objetivo central en la continuidad de la historia jacobina.

Esta historia tiene sus programas y sus proyectos. La perspectiva parisina desbrozada sucesivamente por Marcel Reinhard bajo el ángulo sociológico y demográfico, luego por Albert Soboul y sus alumnos en lo concerniente a las formas del movimiento popular, está muy lejos de agotarse. Esperamos poder presentar en 1989 una síntesis, si bien no definitiva, al menos reformulada del conjunto de estos trabajos. Sería conveniente, si se me permite la expresión, "desparisinar" la histórica de la Revolución francesa tomando fuerte posesión del espacio nacional. Es la meta que se persigue con la puesta en marcha, en el Institute de Historia de la Revolución Francesa (París I), de un centro de documentación nacional de micro-films; reuniendo los datos actualmente estancados o estériles de las memorias de maestrías o de tesis, tanto provinciales como parisinas. En el mismo sentido, se trabaja para organizar el Atlas Histórico de la Revolución Francesa (proyecto conjunto del E.H.E.S.S. y del I.H.R.F.). A este programa, formulado con un espíritu de totalidad, la respuesta de las regiones ha sido rápida: los trabajos se han multiplicado tanto sobre el Oeste revolucionario y contra revolucionario (Coloquio de Rennes, 1985 "Las resistencias a la Revolución") como sobre el Sur provenzal y languedociano, el Delfinado, la región del Norte: enumeración obligatoriamente incompleta de los programas en elaboración en vísperas del bicentenario. En estos marcos

regionales las diferentes ramas de la historia social revolucionaria manifiestan un dinamismo desigual mientras que la historia económica, no obstante la presentación de trabajos brillantes y novedosos, (D. Woronoff: la industria siderúrgica, L. Bergeron: banqueros y hombres de negocios, Bruguiere sobre los especuladores) permanece demasiado confinada a un círculo de especialistas. Por igual circunstancia atraviesa la historia demográfica, luego del impulso dado por Marcel Reinhard.

LA HISTORIA RURAL NO ES TA MUERTA

La historia rural no ha retrocedido. En lo que se refiere al acercamiento a las estructuras, Albert Soboul ha dirigido casi hasta su muerte una investigación sobre el estudio de la renta señorial y su eliminación bajo la Revolución (tesis de J.N. Luc sobre "La eliminación de los derechos feudales en Charente Maritime" y de Guy Lemarchand sobre "El fin del feudalismo en el país de Caux!"). En cuanto al acercamiento a la dinámica social a partir de los movimientos campesinos bajo la Revolución -no sólo en la época de la gran crisis de primavera y del otoño de 1792, sino también durante el descontento generalizado contra la recuperación de los derechos feudales que golpea a algunas regiones en 1790- es una perspectiva en plena actividad a partir de los trabajos de A. Ado (desgraciadamente muy mal conocidos todavía) M. Vovelle y de J. Nicolas, quien emprende una investigación de alcance nacional (Coloquio brindado en la Universidad de París VII en 1984 sobre las emociones populares en la época moderna).

HISTORIAS URBANAS

Las historias urbanas -en las que sociología y movimiento social están íntimamente unidas- siguen su camino, continuando con los aportes de Soboul, de Rudé (finalmente traducido al francés... después de 25 años!) Se están explorando sistemáticamente las grandes perspectivas abiertas: citemos, sin la pretensión de ser exhaustivos, el estudio de las multitudes que desemboca en el estudio del lenguaje y las actitudes de violencia (B. Conein Les masacres de septembre, 1792). Asimismo está en marcha un estudio sociológico del

federalismo en sus diferentes formas (ver la reciente publicación colectiva Fédéralisme Jacobin, 1986). En esta vía, desde los grupos de la sans-culotterie estudiados por Soboul (París) o Vovelle (Marseille), un nuevo esfuerzo se orienta en forma legítima hacia las actitudes y estrategias de las burguesías en revolución a partir de la prosopografía de las élites y notables municipales.

En resumen, esta historia social se reúne con la historia política de la cual es indisociable en la misma corriente de curiosidad que se ocupa de las contrarrevoluciones campesinas, de la forma y las razones del vuelco a la hostilidad -eventualmente armada- hacia el nuevo régimen de toda una parte de las masas campesinas. El coloquio ya citado sobre las "Resistencias a la Revolución" (Rennes 1985) constituye un ejemplo al respecto. Una serie de hipótesis de trabajo han sido elaboradas desde la gran tesis de referencia de Paul Bois sobre Les Paysans de l'Ouest, cuyas conclusiones todavía hoy son discutidas (Roger Dupuy, D. Sutherland), en un debate de ideas que nada tiene que ver con las miserables polémicas sobre el genocidio franco-francés.

ATRAVESANDO LO RELIGIOSO: EL ENFASIS EN LO CULTURAL

A través de un análisis de las nuevas publicaciones, como de los programas de investigación y de las reuniones científicas se registra con especial claridad un énfasis puesto sobre lo cultural, luego sobre lo mental. ¿Podemos hablar de una "desviación" hacia lo imaginario en detrimento del estudio de las condiciones objetivas? Para referirnos sólo al período revolucionario, la evolución en estos temas es particularmente notable. Esta perspectiva provoca un nuevo acercamiento a la historia religiosa de la Revolución profundamente renovada, se ha abordado el tema de la descristianización, suceso traumático que nos introduce en las formas de la religiosidad propiamente revolucionaria y de la liberación apasionada de las disciplinas tradicionales (M. Vovelle, Religion et Révolution, 1976). Más recientemente Timothy Tackett (Clergé, Révolution, Nation, 1986) al retomar el tema de las actitudes del clero francés frente al juramento constitucional de 1790 ha insistido tanto sobre sus consecuencias religiosas como sobre la ruptura irreversible que éste provoca en todo el espacio francés, a nivel de las opciones en contra o a favor de la Revolución: acontecimiento estructurante de gran futuro.

Pero los aspectos más específicamente culturales focalizan también un gran número de investigaciones: la tabla rasa revolucionaria expresada en el

vandalismo, la política directive particularmente en materia de lenguas y dialectos (D. Julia, J. Revel, M. De Certeau: Une politique de la langue), representan sólo una de las caras de eso que algunos han expresado en términos de "Revolución Cultural" (S. Bianchi). Igualmente existe una inclinación hacia la política innovadora en el campo de las ciencias y de las técnicas, en las artes donde el nacimiento del museo, corolario de la emergencia de la noción de patrimonio nacional, es el complemento dialéctico de las destrucciones del vandalismo.

Por último, la gran creatividad en la literatura, en la música así como en la expresión gráfica e iconográfica de un periodo que erróneamente se creyó estéril, suscita el descubrimiento de una serie de perspectivas hasta ahora poco exploradas (M. Vovelle, La Révolution Française Images et Récits, 1986).

DE LO CULTURAL A LAS MENTALIDADES

De la culture a las mentalidades la transición parece fácil, y hasta natural. A pesar de los precedentes célebres (La Grande Peur, de Georges Lefebvre), los enfoques nuevos de historia de las mentalidades han encontrado algunas dificultades para imponerse dentro de una temática en la que planeaba a sombra de Taine y de sus alumnos. Hoy sin embargo, ya es algo corriente (Michel Vovelle, La mentalité révolutionnaire) interrogarse sobre los rastros de este "hombre nuevo" que la Revolución francesa se ha propuesto modelar capturado como decía G. Lefebvre, entre las pulsiones contradictorias de la esperanza y del miedo insertado en las nuevas sociabilidades desde el club a la fiesta...

En el corazón mismo de la vida de los hombres la Revolución asume así, plenamente, ese rol de acontecimiento fundador en las recaídas de larga duración: esas mismas que toda una corriente de investigadores se propone analizar.

LA IMAGEN PROYECTADA DE LA REVOLUCION FRANCESA

Los avatares de las ideas fuerza y de los valores lanzados al mundo por la Francia revolucionaria no solamente en el pensamiento político y -filosófico, sino también en la literatura, en las artes y en todo lo que hoy llamemos el imaginario colectivo, constituyen una vasta perspectiva y una aventura que nos lleva hasta el siglo XX. En este terreno encontramos algunos trabajos que pueden tomarse

como puntos de referencia sugestivos, como por ejemplo, los de Maurice Agulhon sobre las expresiones alegóricas de la República, bajo la forma de las "Mariana" del siglo XIX ("los lugares de la memoria" que Piere Nora se ha propuesto reseliar en una amplia obra colectiva nos introduce directamente en esta búsqueda). Pero diremos mas ampliamente que la muy fuerte movilización internacional que se efectúa en el plano científico en las proximidades del bicentenario, apunta muy naturalmente a analizar estas aventuras póstumas de la Revolución Francesa a través de la difusión de sus ideas fuerza en los diferentes países. La respuesta múltiple de las historiografías nacionales así lo atestigua.

EN TERMINOS DE CONCLUSION: TRIUNFANTE O AMENAZADA

Por rápido que sea, el panorama al que acabamos de consagrarnos de ningún modo confirma la impresión de esclerosis, de declinación o de repetición que el diccionario de ideas recibidas nos habla retransmitido. La historiografía de la Revolución francesa está en pleno despertar. De ahora en más no puede hablarse de una lectura hegemónica en este terreno, marcado por una explosión en todas direcciones, lo que indudablemente, es bueno. Resulta que esta historiografía se encuentra desconcertada entre los escrúpulos de una historiografía "jacobina" que lentamente retoma confianza después de haber sido el blanco de todos los ataques y la desazón de una historiografía "revisionista" que tal vez haya agotado su novedad sanamente provocadora y que se encuentra confrontada a una nueva versión, vulgarizada y disfrazada por una tercera escuela que llamaremos del "anatema" de las ideas-fuerza lanzadas sobre las "desviaciones" inevitables de la Revolución. En cuanto a este tercer grupo, si bien su lugar en el campo científico no es grande -descalificado por un recurso a la polémica que le quita credibilidad-no deja de pisar firme por algún tiempo.

Esto no facilita mucho el necesario trabajo de recuperación de una imagen alterada tanto por la perdida de la memoria colectiva como por el retroceso del conocimiento. Sería muy lamentable que el bicentenario viese abrirse, así, los dos brazos de la tijera entre una investigación histórica activa y abierta y un discurso vehiculizado por los medios sobre los temas más trillados de una tradición muy abiertamente contrarrevolucionaria que naturaliza la imagen de una Revolución exclusivamente vista a través de sus aspectos más sangrientos y destructivos. Finalmente, en esta situación abierta las razones de esperanza no faltan. La revolución no está "terminada", por el contrario, sigue siendo uno de los tests

discriminantes más fuertemente marcados en el imaginario colectivo de los franceses. Fuera de Francia, la Revolución suscita una marcada convergencia de intereses, una simpatía colectiva que amenudo se sorprende de los estados de ánimo de los mismos franceses. Se puede esperar que esa convergencia de demandas nacionales, provinciales e internacionales, encuentre su eco en 1989 durante el Congreso mundial previsto sobre "La imagen de la Revolución francesa" en todo caso, es responsabilidad de los historiadores el mostrarse, como se declara bajo la Revolución, a la altura de las circunstancias. Es una cita histórica para no faltar.

*Ana Barletta
Andrea Del Bono U. N.
L. P.*